

INGOLF U. DALFERTH

# EL MAL

Un ensayo sobre el modo  
de pensar lo inconcebible

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2018

© Traducción de Miguel Oliva Rioboó  
© Mohr Siebeck, Tübingen 2010; 2.<sup>a</sup> edición revisada

© Ediciones Sígueme, S.A.U.  
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es  
[www.sigueme.es](http://www.sigueme.es)

ISBN: 978-84-301-2002-4  
Depósito legal: S. 242-2018  
Impreso en España / Unión Europea  
Imprenta Kadmos, Salamanca

## CONTENIDO

<i>Prólogo</i> .....	9
<i>Prólogo a la primera edición</i> .....	13
1. La realidad del mal .....	17
2. De las historias como forma de pensar el mal .....	49
3. El bien y el mal .....	95
4. El sentido del bien y del mal .....	119
5. Horizontes de enjuiciamiento del bien y del mal ....	137
6. Criterios del bien y del mal .....	147
7. Las desgracias y los bienes .....	163
8. En torno a la historia del sentido del mal: desplazamientos, irrupciones e interrupciones .....	173
<i>Índices de nombres y de materias</i> .....	195
<i>Índice general</i> .....	201

## PRÓLOGO

No es necesario aportar pruebas exhaustivas de que el mal es real. Todos nosotros sabemos que es así por propia experiencia. Pero ¿qué es lo que verdaderamente experimentamos cuando nos enfrentamos con su realidad? ¿Cómo hemos de comprender estas experiencias? ¿Podemos dar cuenta de ellas o tenemos que resignarnos a permanecer mudos ante su presencia, a la vista del absurdo que frecuentemente comportan?

Las reflexiones de este ensayo están destinadas a analizar el modo que tenemos de hablar del mal como una de las formas en las que su realidad se vuelve patente y objeto de reflexión y con las que el hombre, a través de la cultura, trata de pensar dicha realidad y de articularla, por mucho que, con ello, el mal no pueda llegar a ser, como tal, comprendido y explicado del todo. Referirnos al mal, en este sentido, no nos proporciona ninguna explicación. Nos ayuda, a lo sumo, a dar razón de lo que podemos explicar de él y lo que no, y pone de relieve lo poco que se ha logrado después de haber esclarecido todo lo que puede ser explicado. El mal no es una categoría explicativa, sino una categoría a través de la cual nos orientamos en la vida, es la lamentación, condensada en la figura de un pensamiento, que nos provoca la irrupción de lo inconcebible en nuestras vidas, aquello por lo que estas se ven absurdamente deterioradas o destruidas.

Varios de los que han recensionado este ensayo han manifestado su asombro por el hecho de que el problema de la teodicea no haya tenido cabida en él. Esta omisión ha sido consciente. El abordaje filosófico y teológico del mal en toda la variedad de las desgracias en las que se nos presenta se ha

de desvincular de las limitaciones que comporta la teodicea en el planteamiento de la cuestión. Esto no significa que dicho planteamiento no merezca ser tratado. De hecho, en otro lugar, yo mismo me he pronunciado ya por extenso respecto de él<sup>1</sup>. Pero la cuestión de la teodicea no es el único problema que nos plantea la realidad del mal. El ámbito de problemas es más complejo y exige una labor más delicada de discernimiento a la hora de tratarlo.

No se le hace justicia cuando, de una forma muy cuestionable, se hipostasias el mal metafísicamente. A través de la forma que tiene la cultura de articular y pensar lo inconcebible cuando habla del mal, lo que se pretende, por el contrario, es centrar la atención en los diversos modos que tiene de plasmarse en el lenguaje el acontecer de las desgracias, ya sea en la historia o en la actualidad. El desafío no consiste, pues, en comprender el mal y en dotar de sentido al sinsentido, sino en encontrar la posibilidad de comportarse frente a la inconcebible existencia del sinsentido de las desgracias, de manera que uno pueda continuar viviendo. Para muchos de los directamente afectados, y también para los implicados en las desgracias, esto no es posible sin marcar distancia respecto de la propia vivencia, una distancia que solamente se puede conseguir a través de la experiencia de los otros y de la experiencia de lo otro. Entonces, si es que acaso lo logran, no hallarán el camino de regreso a sus propias vidas porque hayan sido capaces de comprender lo inconcebible, sino porque habrán aprendido a comprenderse a sí mismos y a comprender el mundo en el que habitan de una manera diferente después de tener ante los ojos lo inconcebible.

Salvo algunas correcciones, se presenta aquí de nuevo el texto inalterado de este estudio. No cabe duda de que habría muchas cosas que añadir y también muchas que discutir con

1. I. U. Dalferth, *Malum. Theologische Hermeneutik des Bösen*, parte I, Tübingen 2008; Id., *The Contingency of Evil: Archivio di Filosofia - Archives of Philosophy* LXXV 2007 (2008) 251-274.

más detalle. Varias de ellas se encuentran en otras publicaciones a las que hago referencia en los lugares oportunos. Es seguro, con todo, que sin tomar en consideración las especificaciones sobre las que se reflexiona en este ensayo, difícilmente podrá hacerse un tratamiento en profundidad de las cuestiones que se aglutinan en torno a la concepción del mal y de las que depende nuestra orientación en la vida.

## PRÓLOGO

### A LA PRIMERA EDICIÓN

Es más sencillo ponerse de acuerdo sobre el bien que sobre mal. Lo que es una buena vida —para quienes la disfrutan—, en qué sentido lo es y por qué lo es son asuntos acerca de los que se discute mucho y que generan controversia. Por el contrario, sobre lo que es el mal y sobre las formas en las que se presenta, casi siempre parece haber menos discusiones.

Pero no somos los primeros a los que les pasa algo así. Desde siempre el infierno se ha pintado con más detalle que el cielo y los abismos de la vida se han descrito con más profusión que sus momentos más felices. Paradójicamente, el vocabulario disponible para describir el mal y sus formas es casi inagotable; sin embargo, cuando se trata de hablar del bien es muy común que nos falten las palabras. Definir el mal y describir sus formas resulta, a todas luces, más sencillo que expresar qué es lo bueno. Razones no faltan para ello: el mal es una realidad que fácilmente podemos identificar cuando lo padecemos. El bien, por el contrario, representa el deseo de una posibilidad de la que no podemos estar nunca seguros del todo.

No es casualidad que nuestra susceptibilidad en el ámbito público esté marcada por esta asimetría. Nuestra cultura conoce símbolos del mal por antonomasia: Lisboa, como signo que nos recuerda la incomprensible devastación de las catástrofes naturales; Auschwitz, como estigma de todos los fatídicos asesinatos masivos de inconcebibles proporciones cuya responsabilidad, así como su autoría, queda diluida entre todos aquellos que lo perpetran; o incluso el 11 de septiembre, como

una llamada de atención sobre los inhumanos actos terroristas cometidos sobre personas inocentes. Estos símbolos del mal son indiscutibles, sobre ellos no se tolera cualquier opinión y nos indignamos con razón cuando alguien los desprecia, los pone en cuestión, los usa para fines partidistas o los manipula en su propio beneficio. Los símbolos del bien como la Navidad, la Semana Santa, el Primero de Mayo o el Día de la fiesta nacional no tienen la misma fortuna. Todos ellos están expuestos a ser negados, criticados, reinterpretados o manipulados sin que esto tenga consecuencias en la opinión pública. En relación con el mal, nuestra sociedad tiene, eso parece al menos, una mayor necesidad de reglamentación que en relación con el bien. En ello se refleja no solo el hecho de que llegar a un acuerdo respecto del mal sea, la mayoría de las veces, más sencillo que alcanzar cierta unanimidad acerca del bien, sino también el hecho de que, subestimando el mal, concitamos mayores peligros que cuando existen disparidades en torno a lo que es el bien. Este puede y tiene que imponerse por sí solo, eso nos decimos al menos con optimismo. El mal, sin embargo, indigna y conlleva desagradables consecuencias para todos. Ante él es preciso protegerse activamente.

No podemos obviar que, con estas consideraciones, hemos llegado a captar un punto de verdadera importancia, sobre todo si se tiene en cuenta que el mal es algo que raramente da la cara. Muchas veces uno solamente se percata con posterioridad de aquello con lo que se estaba enfrentando. Notar su presencia a tiempo es algo que, de hecho, rara vez se consigue. Comprenderlo del todo, sin embargo, no se logra nunca: en cualquier caso, no cuando uno mismo está directamente afectado. Pero, incluso cuando los que observan desde fuera piensan sobre él, existen dificultades que apenas admiten solución. Los fenómenos aludidos con la categoría de lo malo son demasiado diversos y, no en vano, de ellos se habla casi siempre de manera metafórica. Al mal le gusta presentarse casi siempre bajo una máscara que no le es propia. Habita como un parásito en aquello que pervierte. Rehúye la claridad para así, disimulada



e inadvertidamente, poder llevar a cabo mejor su propósito de adular el bien. No hay nada en donde no pudiera aparecer, y donde puede aparecer, tarde o temprano lo acabará haciendo.

Por esa razón, una de las tareas primordiales de la reflexión acerca del mal es aguzar la atención que se presta a los diversos modos en los que este se manifiesta. Con este intento de orientación respecto del mal es precisamente eso lo que hemos tratado de hacer. Cuando se alude al mal no se está pretendiendo aclarar nada: con razón, esta categoría no es operativa en el caso de las explicaciones científicas de fenómenos empíricos e históricos. El mal simplemente sucede y es vivido como tal. E incluso si se lo consiguiera explicar íntegramente hasta donde es explicable, no se podría comprender cómo es posible que suceda aquello que vivimos bajo la forma del mal. ¿Qué razón hay para esa enfermedad? ¿Para que le pase justo a esa determinada persona? ¿Para que acontezca en un momento dado? ¿Para que curse de una forma tan despiadada? ¿Para que haya tantas enfermedades? Estas y otras preguntas similares no aspiran a ser respondidas, sino que buscan encontrar un camino que nos devuelva a una vida que ha quedado descabalada con la irrupción del mal. Lo importante en estas cuestiones no es principalmente aclarar lo sucedido, sino conseguir orientarse de nuevo después de que haya ocurrido. Esto puede implicar dar explicaciones, pero en ningún momento puede limitarse solo a ello. Uno está ante lo inconcebible y, para poder seguir viviendo, tiene que empezar a tenerlo en cuenta a fin de poder volver de nuevo a comprenderse a sí mismo.

Tal es el reto ante el que nos pone la irrupción del mal en la vida. La categoría de lo malo opera en este sentido como un medio para articular y pensar lo inconcebible. Con el objetivo de clarificar lo inconcebible, me propongo reconstruir aquí el sentido de la historia de la forma que tenemos de pensarlo, para lo cual tomaré como guía una doble distinción: la que se da entre el *bien* y el *mal* y la que se da entre el *mal* y *Dios*. Ambas distinciones están conectadas histórica y objetivamente de manera muy estrecha. Las cambiantes combinaciones a las que

han dado lugar estas distinciones dejan ver cómo se ha ido modificando el sentido de la palabra «mal» a lo largo de la historia y cuáles han sido las fluctuaciones de la problemática registradas en torno a ella. La moderna moralización del mal es solo una fase importante dentro de esta historia. Ha depurado sin duda la visión para algunas cosas, pero también la ha enturbiado para otras. Además, ambas distinciones no se confundirán mientras la diferenciación entre el *bien* y *Dios* se mantenga abierta y no se resuelva, sea con la separación de ambos momentos, sea con su mutua equiparación. En definitiva, allí donde la moral y la religión se opongan abstractamente o, por el contrario, se haga de la moral un sustitutivo de la religión o de la religión un sustitutivo de la moral nos encontraremos siempre con parcialidades y simplificaciones. Solo donde se eviten estas se hará evidente la clave con la que la religión puede enfrentarse al mal por medio de Dios y la específica aportación del pensamiento teológico para clarificar el modo que tenemos de pensar el mal.

# ÍNDICE GENERAL

<i>Prefacio</i> .....	9
<i>Prefacio a la primera edición</i> .....	13
1. LA REALIDAD DEL MAL .....	17
1. El mal y las desgracias .....	17
2. Acontecimiento, vivencia y experiencia .....	20
3. Los horizontes de consideración del mal .....	24
4. En torno a un análisis del mal .....	26
5. La experiencia del mal .....	31
6. La inevitabilidad del mal .....	35
7. El mal como perjuicio y destrucción de la vida .....	37
8. El mal como acicate de la cultura .....	39
9. Tópica, fenomenología y hermenéutica del mal .....	42
10. La complejidad en las formas de pensar el mal .....	47
2. DE LAS HISTORIAS COMO FORMA DE PENSAR EL MAL .....	49
1. Historias paradigmáticas del mal .....	49
2. Procesos de condensación y de descomposición .....	51
3. El desenvilecimiento del mal .....	54
4. La providencia de Dios .....	56
5. La idea de progreso .....	60
6. Eufemizaciones del mal .....	68
7. El dilema de la posmodernidad .....	72
8. La cuestión que queda pendiente acerca del mal .....	77
9. La orientación en la vida por medio de contrastes .....	80
10. La capacidad casi divina de discernir .....	85
11. La confusión humana respecto de sí mismo y la modificación del lugar de Dios .....	90

3. EL BIEN Y EL MAL .....	95
1. El bien, el mal, la desgracia y lo inadecuado: el campo léxico como indicativo de los problemas .....	95
a) Uso descriptivo y valorativo .....	98
b) Los paralelos gramaticales entre lo «bueno» y lo «malo» .....	99
c) «Bueno», «estar mal», «ser malo» .....	100
d) Bienes y desgracias, bondad y maldad .....	100
e) Lo que es bueno y lo que es malo .....	101
f) El bueno y el malo .....	102
2. Lo que es moralmente bueno y malo .....	103
3. La precisión ética kantiana: la buena voluntad .....	105
a) La problemática no resuelta del mal .....	110
b) El mal radical .....	111
c) El optimismo ético y la voluntad diabólica .....	113
4. EL SENTIDO DEL BIEN Y DEL MAL .....	119
1. Los múltiples sentidos de «bueno» .....	119
2. Lo no bueno y lo no malo .....	123
3. No hay nada bueno .....	123
4. Hay algo bueno que no existe .....	125
5. Existe lo no bueno .....	128
6. Aquello que impide algo bueno .....	132
7. El mal como destrucción y el bien como destrucción de esa destrucción .....	134
5. HORIZONTES DE ENJUICIAMIENTO DEL BIEN Y DEL MAL .....	137
1. Lo mejor, lo que está peor y lo que es peor .....	137
2. Lo relativamente bueno y lo relativamente malo .....	139
3. Lo absolutamente bueno y lo absolutamente malo .....	141
4. El sentido moral de «bueno» y su entelequia .....	142
6. CRITERIOS DEL BIEN Y DEL MAL .....	147
1. Criterios subjetivos y objetivos .....	147
2. Querer y sancionar .....	148
3. Querer el bien .....	149
4. La comunidad moral .....	151

5. Querer autónomo y reconocimiento .....	153
6. Los cuestionables procesos de decisión en la formación de criterios .....	156
7. LAS DESGRACIAS Y LOS BIENES .....	163
1. El mal actual y el mal potencial .....	163
2. Las desgracias .....	164
3. ¿Son inevitables las desgracias? .....	165
4. Los bienes .....	166
5. La pluralidad y la ambivalencia de los bienes y las desgracias .....	167
6. Singularización, complejidad de sentido y génesis de sentido .....	169
8. EN TORNO A LA HISTORIA DEL SENTIDO DEL MAL: DESPLAZAMIENTOS, IRRUPCIONES E INTERRUPTIONES .....	173
1. El mundo como el lugar del bien .....	173
2. Dios como principio del bien .....	179
3. El hombre como agente del bien .....	181
4. Los hombres como señores del bien .....	185
5. La banalización del bien y la realidad del mal .....	189
<i>Índice de nombres</i> .....	195
<i>Índice de materias</i> .....	197